

## PRÓLOGO

---

La noche era silenciosa, húmeda y fría. Echó de menos el verano y con él los paseos de los turistas curiosos que no se separaban de sus cámaras de fotos. Por desgracia, ella no había contado con la desventaja de no encontrarse a nadie por la calle. Si lo veía necesario, no podría gritar para que alguien la ayudara.

Estaba sola.

Ella le había traicionado de una forma ruin y muy cruel. Pero él había sido el responsable de todo y, por su culpa, ahora se encontraba huyendo. Se sentía como una gacela a punto de ser cazada por un león.

Escuchó cómo sus pasos se aproximaban cada vez más a un ritmo vertiginoso, así que corrió hacia el bosque. Incluso podía sentir el aliento de su respiración sobre la nuca. Se escondió entre los árboles procurando no hacer ruido y se tapó la boca con la mano para no emitir ningún sonido.

—Hagas lo que hagas, no puedes esconderte.

La muchacha contuvo las ganas de gritar. Le escocían los ojos por culpa de las lágrimas que amenazaban con salir. Él estaba enfadado y sabía que de una forma u otra la castigaría. Ya no había vuelta atrás.

Aquella tortura se había convertido en su peor pesadilla. Quería salir corriendo de allí y buscar un lugar seguro donde poder refugiarse, pero estaba en mitad de la nada. Sin querer pisó una rama seca y esta crujió con el peso del zapato. Maldijo

entre dientes un par de insultos y cerró los ojos con la esperanza de que él no lo hubiese escuchado.

—Aquí estás. Ya te dije que no te saldrías con la tuya.

—Por favor, no lo hagas —suplicó ella.

El hombre la agarró por el brazo y la arrastró de vuelta a la ciudad.

Si permitir que la llevase a aquel sótano era todo lo que le quedaba, entonces prefería estar muerta.

# CAPÍTULO 1

---

---

*Miércoles 18 de septiembre de 2013*

George Orwell decía: «Si la libertad significa algo, será, sobre todo, el derecho a decirle a la gente aquello que no quiere oír».

Yo opino lo mismo, y no es solo porque sea uno de mis autores favoritos. Creo firmemente que, si aún estuviera en el mundo de los vivos, sería todo un honor poder conocerle en persona. No puedo decir lo mismo de mi profesor de Matemáticas, el señor Collins. Prácticamente se pasa todas las clases refunfuñando en voz baja, recordándonos a los alumnos lo vagos que somos la mayoría en su asignatura y disfrutando con los suspensos. A veces pienso que acabó dedicándose a esta profesión porque no le quedó más remedio, y eso me produce cierta tristeza.

—Prestad mucha atención, por favor. Quiero que recordéis que no todas las matrices se pueden multiplicar. Para ello el número de columnas de la primera matriz debe coincidir con el número de filas de la segunda. Hoy trabajaremos en la pizarra un par de ejercicios para que no os resulte complicado.

Nuestro profesor hace un repaso de la clase para comprobar que estamos prestando atención y se vuelve hacia la pizarra para seguir escribiendo.

—En el primer caso tenemos la matriz  $A$  de dimensión  $2 \times 3$  y la matriz  $B$ , de dimensión  $3 \times 4$ . Debemos multiplicar  $A$  por  $B$  en ese orden —Otra breve pausa—. ¡Señorita Geller! ¿Está usted haciendo caso de la materia?

Mi compañera Alice da un respingo sobre la silla y aparta la vista de su mesa. Por lo general no le suele importar que le

llamen la atención, así que ni siquiera se esfuerza en fingir una excusa para su despiste.

—Sí, señor Collins. Le recuerdo que es el segundo año que me explica usted este temario. Dudo mucho que se me haya olvidado —responde con sarcasmo—. Seguro que hay otros alumnos que necesitan más sus explicaciones.

La mitad de la clase se echa a reír, pero yo ni siquiera siento la tentación de hacer lo mismo. Una cosa es pintarrapear en la libreta y otra muy distinta faltarle el respeto a un profesor y a su asignatura. Admito que el señor Collins no es santo de mi devoción, pero tampoco se merece esto.

Alice se salva por el sonido del timbre que anuncia el final de la clase. Por la mirada que le echa Arthur, sé que está planeando enviarla la próxima vez al despacho del director. En muy pocas ocasiones he tenido la oportunidad de hablar con ella. Siempre se muestra distante, como si no le importasen los estudios y prefiriese pasar el tiempo con los chicos. Es muy guapa, sus ojos son achinados y marrones. También es más alta que yo, lleva el pelo negro, rizado y corto, pero con algunas mechas moradas y azules. Casi siempre suele vestir con ropa ochentera o de estilo *punk*.

Es la primera en salir de clase, sin ni siquiera despedirse de nadie.

—¿No te parece que esta vez Alice se ha pasado un poco con el señor Collins? —Finch me sorprende por la espalda.

Recojo todo el material de mi pupitre y lo guardo en mi mochila. Ahora tenemos cuarenta minutos para almorzar, así que iremos directos a la cafetería para reunirnos con nuestro grupo de amigos.

—Pienso que se le ha subido a la cabeza ese rollito que lleva de chica rebelde por ser la repetidora de clase. Una lástima, es muy inteligente, pero no sabe aprovecharlo como debería.

Finch es mi mejor amigo desde la infancia. Literalmente aprendimos a andar y a hablar juntos. Él es huérfano de padre desde los dos años, así que mi madre y la suya siempre han sido inseparables también. Por mi parte tengo dos hermanos pequeños. Gabe tiene doce años; aunque en realidad se llama

Gabriella, pero no le gusta que la llamen así. Adam tiene siete años recién cumplidos. Me gustaría también poder presumir de hermano mayor y decir que dentro de cinco meses celebraremos su vigésimo cumpleaños, pero no será posible. Christian desapareció cuando yo tenía ocho años. Es decir, llevo la mitad de mi vida sin saber qué es lo que le ocurrió aquel fatídico día. Mi padre es uno de los jefes de policía y, desde entonces, no ha dejado de buscarle.

Desde el terrible momento de la desaparición de Christian, Finch Ackerman no se ha separado de mí. Siempre ha sido mi mayor apoyo. Si soy del todo sincera, no sé qué haría sin él.

Es el típico chico al que muchas adolescentes de nuestro instituto clasificarían como del montón, pero no lo es para mí, y mucho menos para las chicas de nuestro grupo. Tiene la piel clara, es bastante alto para su edad, de complexión delgada y nariz respingona. Su cabello corto hace juego con sus ojos castaños. Si pudiese compararlo con un actor, sin duda sería con Dylan O'Brien.

—Vamos, te invito a un café si quieres —dice Finch.

—Estaba pensando en un *frapuccino* o en... un delicioso batido de vainilla.

—¿Te puedes creer que era justo lo que estaba pensando pedir yo?

Ambos nos echamos a reír.

—¿Las dos cosas o una fusión de ellas? Creo que un *frapuccino* de vainilla podría estar deliciosamente rico. —Se me hace la boca agua solo de imaginarlo.

—O deliciosamente asqueroso —responde sin dejar de reír.

—¿Cómo puede ser que una bebida sea deliciosamente asquerosa? Por favor, necesito que me lo expliques.

Debatimos sobre el tema mientras caminamos a la par hasta llegar a la cafetería.

—Verás, mi querida Gweny. Imagínate el mejor postre que puedas desear, su aspecto puede ser el mejor que hayas visto en tu vida, de igual forma que su olor. A la hora de probarlo, te das cuenta de que es una mezcla entre extraño y rico. Sabes que no

puedes dejar de comerlo, porque en realidad no está tan malo, pero sabes que no volverías a pedirlo.

En esta ocasión me echo a reír a carcajadas. He de reconocer que al principio su argumento estaba siendo inteligente, hasta que ha empezado a flojear.

—Es la respuesta más surrealista que haya escuchado jamás, Finch.

—Eh, vosotros dos. —Es nuestro amigo Max Hastings el que se aproxima a nosotros—. ¿De qué estabais hablando?

—Le estaba explicando a Gwen cuál sería el concepto de un postre que está delicioso, pero a la vez no.

—Eso es lo que yo suelo calificar como deliciosamente asqueroso —responde Max con orgullo.

Finch levanta los dos brazos en señal de victoria y me mira con una sonrisa de niño pequeño.

—Estáis los dos como cabras —respondo a modo de defensa.

—Me temo que de momento no estás preparada para comprender esta conversación, querida mía —bromea Max mientras me rodea con un brazo.

—Ni se te ocurra hacerles caso, Gweny —dice en voz alta Molly Cox.

A ella se le suman el resto de nuestros amigos del grupo: Tessa Parker y Kyle Summers.

Aprovecho para colocarme dos mechones de pelo por detrás de las orejas. Ahora que estamos las tres chicas de la pandilla juntas, podríamos pasar perfectamente por miembros de las Supernenas. Tessa es blanquita de piel, con una preciosa melena rizada y castaña. Sus ojos son verdes como esmeraldas. Molly es morena, de ojos todavía más oscuros, y suele llevar el pelo recogido con una coleta y una diadema. Por otro lado, estoy yo, que tengo el pelo rojizo y liso cuando no cobra vida propia. Soy una chica de mediana estatura con los ojos azules y muchas pecas decorando mis pómulos.

—En realidad es divertido ver cómo intentan debatir sus locuras —respondo cruzándome de brazos.

Max Hastings me acerca más hacia él y me da un apretón cariñoso. Le conocí hace dos años, cuando se mudó a la ciudad. No me avergüenza reconocer que desde el primer momento me pareció muy atractivo y que me llamó la atención. Tiene los ojos de color verde avellana y el pelo negro corto. A veces hasta juraría que me recuerda un poco al cantante de los Arctic Monkeys cuando era más joven. Kyle tiene el pelo castaño claro y liso y lleva el flequillo hacia un lado. La gente suele echarle menos edad, tanto por eso como por las enormes gafas que lleva siempre para disimular lo pequeños que son sus ojos negros.

—No quiero cortaros el rollo, pero ¿os parecería bien si nos sentamos a comer algo? —propone Kyle.

—La verdad es que me muero de hambre y no quiero que se nos eche la hora encima —responde Tessa.

—Iré a coger sitio —respondo mientras intento localizar desde aquí alguna mesa libre—. Finch, si me puedes pedir al final el *frapuccino* te lo agradecería en el alma.

Mi mejor amigo choca el puño con el mío y asiente.

Encuentro libre una de las mesas que están más próximas a la salida de emergencias. Molly se sienta a mi derecha y Kyle decide colocarse en la silla de enfrente.

—¿Cómo lleváis los exámenes de Historia y Química? —pregunta Kyle con curiosidad.

—Dios, no me lo recuerdes. —Molly echa la cabeza hacia atrás y hace pucheros con la boca—. Creo que en esos exámenes voy a sacar la peor nota.

Le doy un pequeño apretón en el hombro para darle ánimos y le sonrío con dulzura.

—Vamos, Mols. Seguro que lo acabarás bordando. Yo te ayudaré. Este fin de semana creo que empezaré a hincar los codos. Y tú, Kyle, ¿has empezado ya a estudiar?

—Este semestre lo estoy llevando todo al día. Creo que sacaré sobresaliente—dice con entusiasmo.

—El niño prodigio, no podía ser de otra forma —responde Molly intentando picarle.

Kyle, en un arrebato de diversión, se inclina sobre la mesa y la besa en los labios.

—Tranquila, cariño, yo también te ayudaré a estudiar.

Sonríó con ternura al ver lo bien que se llevan. Ambos empezaron a salir hace seis meses y la verdad es que hacen muy buena pareja.

Al cabo de cinco minutos Finch, Max y Tessa están de vuelta con nuestros almuerzos.

—¡Atención, los tortolitos vuelven a la carga! —interrumpe Max.

Coloca la bandeja donde está mi *frapuccino* de tal manera que pueda cogerlo sin complicaciones y se sienta a mi izquierda. Finch y Tessa ocupan los sitios que quedan libres.

—Creo que con ellos ya tenemos subidón de azúcar más que de sobra —le anima Finch.

—Sois unos cretinos —añade Tessa entre risas—. No me gustaría veros con pareja. Seguro que sois mucho peores.

—Bueno, yo ya tengo una chica favorita —interviene Max al mismo tiempo que me guiña un ojo.

—¿Ahora soy tu chica favorita? —contesto sin evitar soltar una risa.

—Siempre lo has sido —contraataca.

Siento como el pulso se me acelera a unos niveles insoportables. Me muerdo el labio inferior y aparto la mirada hacia mi café recién hecho para que no vea que me he puesto colorada.

—¡Gweny, eso sí es que te tiren bien la caña! —dice Finch tratando de hacerme rabiar.

—Oh, vamos, cállate.

Max y el resto del grupo se echan a reír a carcajadas.

Cerca de la mesa que está a nuestra izquierda veo cómo Tyler Jones y Robie Spellman se ceban con una alumna. Empiezan a gritarle unos cuantos comentarios ofensivos sobre su aspecto y también se meten con la carpeta de Batman que lleva. La chica procura acelerar el paso y baja la mirada avergonzada, deseando perderlos de vista.

Me levanto de golpe y me acerco a ellos con los brazos cruzados.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que acosar a una chica?



—Déjame vivir un poco, Aldrich. Solo nos estábamos riendo —refunfuña Tyler con voz de pocos amigos.

—Solo he visto diversión por vuestra parte. Sois unos cerdos.

—¡Ya saltó la heroína de Gotham, señores y señoras! —interviene Robie.

—Que os den a los dos. Ya veremos si seguís pensando lo mismo cuando os expulsen por hacer *bullying* a otros alumnos.

No es la primera vez que hago algo así, y mucho menos con ellos. Es una actitud que me pone enferma y de muy mal humor. Cuando éramos unos críos, nos llevábamos muy bien... Por culpa de ciertas influencias, todo cambió en cuanto empezamos el primer año de instituto.

Mis amigos aprueban el gesto que he tenido y terminamos de almorzar hablando de nuestras cosas.

Las tres horas restantes se pasan volando. Una vez que finalizan las clases, Finch y yo caminamos juntos hasta mi casa. La suya está exactamente a cinco minutos de distancia. A veces vamos andando, otras veces optamos por ir en su coche. Es nuestra maravillosa rutina diaria, a la que no renunciaría jamás.

—Después te llamaré, si quieres.

—No si lo hago yo antes —respondo de buen humor.

Finch suelta una risotada y se mete las manos en los bolsillos como un niño pequeño.

—Saluda a tus hermanos de mi parte —dice con ternura.

—Y tú saluda a tu madre de parte de la mía.

Ambos nos echamos a reír. Nos despedimos y prometemos que hablaremos más tarde.

Son las tres y media y me muero de hambre. Seguramente mi madre habrá dejado mi plato de comida sobre la mesa, tapado para que no se enfríe. Lo hace siempre que salgo a esta hora.

Una vez la puerta se abre de par en par, escucho a mis dos hermanos reír desde el salón. Intuyo que estarán jugando al *Mario Kart* o viendo la televisión. No lo diferencio con claridad por las voces que dan.

—¡Gabriella, Adam, no seáis tan escandalosos! —escucho decir a mi madre desde alguna parte de la casa.

Me río porque, para ser sinceros, la estampa que tienen montada es muy divertida.

—¡Mamá, que ya te he dicho que no me gusta que me llames así! —responde mi hermana Gabe.

—Jovencita, mientras vivas bajo mi techo te llamaré como se me antoje. Y no me rechistes.

—¿O si no qué? —replica de nuevo ella.

—O si no... ¡Morirás por un ataque terrible de cosquillas!

Acto seguido rompen a reír los tres. No me hace especial ilusión estropear su momento de diversión, pero mis tripas empiezan a rugir con más insistencia.

—¡Ya he llegado, familia!

—¡Gweny! —gritan a todo pulmón mis hermanos.

No pierdo más el tiempo y entro al salón. Abrazo a los dos como si fuese la primera vez en toda mi vida que lo hago.

—Hola, monstruitos. —Les revuelvo el pelo—. ¿Ya estáis volviendo loca a mamá?

—Nosotros siempre nos portamos bien. —Gabe saca la lengua y Adam hace el mismo gesto imitándola.

—Permíteme que lo dude —respondo para fastidiarla un poco.

—Hola, cariño. —Mi madre aparece secándose el pelo con una toalla y se acerca a mí para darme un beso en la frente—. Tienes en la mesa la comida preparada. Hoy tocaba pollo al curry, espero que te guste.

—¡A la orden, gran chef! —respondo con efusividad.

Mis hermanos se sientan conmigo para hacerme compañía. Me fijo en lo rápido que han crecido y siento cómo me puede la nostalgia. Ambos tienen el pelo castaño como mi madre y los mismos ojos verdes que mi padre. Solo mi hermano mayor y yo heredamos los ojos de mi abuela materna. Por no hablar de que soy la única de toda la familia que ha heredado su pelo castaño rojizo.

Cuando termino de comer, dejo las cosas en mi habitación, me ducho y aprovecho para descansar un rato.

Finch me llama por teléfono sobre las siete y media, tal y como habíamos acordado, y hablamos casi una hora. Me parece

una auténtica fantasía que siempre tengamos temas de conversación. Es muy difícil encontrar a una persona así.

A las nueve de la noche llega mi padre de la comisaría.

—Ya estoy en casa, July, cariño —le escucho decir desde la entrada.

En realidad, ella se llama Juliet, pero él siempre prefiere usar el mote cariñoso que le puso cuando se conocieron. Debe de ser precioso poder mantener la misma confianza y quererse de esa forma tantos años después.

—Bienvenido a casa, Xander, cielo.

—¡Gwendolyn, baja a cenar! —grita mi madre para avisarme.

Cuando salgo al pasillo me fijo en que se están besando. No sé por qué, pero ese gesto me produce una cierta envidia, y no puedo evitar pensar en Max.

—¿Qué tal las clases hoy, Gwen? —pregunta mi padre mientras cenamos.

Hoy hay pechugas de pollo a la plancha, ensaladilla, tortilla francesa y pan recién hecho. Mi madre es una fantástica cocinera.

—Muy bien, ya tenemos las primeras fechas de exámenes para dentro de dos semanas.

—Dale duro, mi Gweny *in the sky*. —Sonríó con sinceridad cuando hace referencia a mi canción favorita de los Beatles—. Tú puedes.

—¿Y en la comisaría? —pregunto con interés.

—Rutinario, con mucho papeleo y con muchos registros que hacer —responde sin molestarse en profundizar.

Hay algo en su voz que me llama la atención. Le noto tenso, como si hubiese algo que no nos quiere contar. Por lo general está muy parlanchín, pero hoy procura evitar todo lo que tenga que ver con el trabajo. Quiero pensar que es porque está cansado, así que decido no insistir.

Gabe y Adam juegan como siempre después de cenar y yo ayudo a mi madre a recoger la mesa.

A las diez de la noche estoy agotada. Doy las buenas noches a cada uno y subo a mi habitación. La de mis padres está justo

al lado de la mía, así que escucho a mi padre hablar por teléfono con un compañero de trabajo. Está angustiado, como si hubiese pasado algo realmente malo.

—Buenas noches, papá —digo en voz baja para no molestarle—. ¿Estás bien?

—Sí, cariño. Va todo bien. —Se acerca para darme un beso y antes de entornar la puerta me da también las buenas noches.

Él dice que está todo bien, pero por la forma en la que ha evitado mirarme a los ojos sé que está ocultando algo.

## CAPÍTULO 2

---

*Jueves 19 de septiembre de 2013*

*Llueve o graniza, no estoy del todo segura. Lo que sí sé con certeza es que hoy hay tormenta. Como si ahí fuera estuviese librando una épica batalla el mismísimo Thor contra Zeus. Da la impresión de que las ventanas explotarán de un momento a otro por los golpes contra el cristal.*

*Estoy recostada en uno de los sillones que hay en el salón de casa, intentando leer «El guardián entre el centeno», de J.D. Salinger. Nos lo han mandado como lectura obligatoria en clase y me quedan más de sesenta páginas todavía. Si no fuese porque me aterran los truenos, podría concentrarme mucho mejor en cada frase. Me frustró tanto que me decanto por abandonar un rato la lectura hasta que amaine la tormenta.*

*Son más de las once de la noche y todos están durmiendo. Debería estar haciendo lo mismo, ya que mañana habrá clase, pero todo el tiempo que pueda aprovechar en casa para hacer los trabajos de clase, mucho mejor. Sé que mamá tiene razón cuando me dice que necesito dormir un poco más, pero la vida de una estudiante en su penúltimo curso de instituto es muy dura.*

*Alguien llama a la puerta. No sé quién puede ser a estas horas de la noche, pero nadie se levanta para comprobarlo. Hago caso omiso y me acurruco todavía más en la butaca, procurando concentrarme de nuevo en el libro que tengo entre mis manos.*

*Al cabo de un minuto vuelve a insistir, esta vez con más fuerza. A este ritmo, la persona que está al otro lado de la puerta se va a destrozarse los nudillos. Doy un respingo por el susto que me ha dado y noto cómo se me acelera el pulso.*

*La tormenta ha terminado y puedo escuchar ahora con claridad cómo carraspea el misterioso hombre. Me levanto de la butaca y cierro los puños hasta tal punto que me clavo las uñas en las palmas de mis manos.*

*Tengo miedo, ¿por qué tengo tanto miedo? Respiro un par de veces y me armo de valor hasta acercarme a la puerta. Me asomo por la mirilla y, solo cuando compruebo quién es, quito el cerrojo de la puerta.*

*Parpadeo un par de veces para comprobar que la persona que tengo delante es quien creo que es. Pero no puede ser, es imposible.*

*Quiero echarme a llorar. Es como si el fantasma que lleva persiguiéndome todos estos años me hubiese encontrado al final.*

*—Hola, Gweny. ¿Me echabas de menos?*

*—Chris, ¿eres tú?*

*Me acerco un poco más y le doy un pequeño empujón. Él se echa a reír como si mi gesto hubiese sido muy poco casual.*

*—¿No me crees? Soy yo, el mismo.*

*—¿Có... Cómo es posible? —tartamudeo. La última vez que lo vi él era tan solo un preadolescente de doce años y ahora da la impresión de que tenga treinta. El pelo castaño le llega por los hombros, tiene la barba algo descuidada y, para lo alto que es, está demasiado delgado. Lo que más me llama la atención es que no diviso ninguna de las pecas que tenía siendo pequeño.*

*—Por tu forma de hablar no parece que me hayas echado de menos, hermanita... —responde decepcionado.*

*—Te he estado esperando, te hemos buscado todos estos años... No soy capaz de creer que estés aquí.*

*Christian me estrecha entre sus brazos y yo aprovecho para aspirar su aroma. Huele a lluvia, a tierra mojada y a... ¿bourbon? No puedo creer que mi hermano haya decidido tomar unas cuantas copas antes de venir.*

*—Lástima que no pueda quedarme más tiempo.*

*Me aparto rápido de él y lo miro con el ceño fruncido.*

*—¿A qué te refieres?*

*Tengo tanto miedo de lo que vaya a responder que me duele como si me hubiesen arrancado el corazón.*

*—Chris, ¿qué quieres decir con que no puedes quedarte?*

*Mi hermano me acaricia el pelo, me da un beso en la frente y me sonrío con dulzura. Después me da un fuerte apretón en los hombros, como si de esa forma intentase transmitirme valor.*

*—Tienes que despertar— contesta con voz paternal.*

*—¡No, Chris, no te vayas! ¡Por favor!*

*Se da la vuelta, sujeta con fuerza el pomo de la puerta y de pronto se vuelve todo borroso.*

*—¡Chris, vuelve! ¡Te lo suplico, hermanito!*

Me despierto sobresaltada y aparto las sábanas de una patada. Me limpio el sudor de la frente con la manga de mi pijama y trato de recuperar la respiración. Cuando siento que he conseguido calmarme un poco, miro la hora en la pantalla de mi móvil. Apenas quedan unos minutos para que suene la alarma de las siete. Dejo caer la cabeza de nuevo sobre la almohada, cierro los ojos y me muerdo los labios con tanta fuerza que casi me hago daño.

Volver a soñar con mi hermano mayor me rompe el corazón, hasta tal punto que llega a convertirse todo en una pesadilla. Intento aferrarme a la idea de que algún día llegará ese encuentro, aunque las esperanzas sean prácticamente nulas.

*—¡Gwendolyn, levántate o se te hará tarde para desayunar!*  
*—grita mi madre desde la cocina.*

*—¡Bajo enseguida, mamá! —respondo intentando aparentar normalidad.*

Me pongo uno de mis jerséis favoritos, el que tiene rayas blancas y negras. Después me peleo con el pantalón vaquero y me coloco en un santiamén mis botines marrones. Apuro todo lo que puedo en el baño, me lavo la cara con agua bien fría y me recojo el pelo en una trenza. Aprovecho para hacerme un *eyeliner* sencillo y vuelvo a mi habitación para hacer la cama. Por lo general no suelo maquillarme para ir a clase, pero hoy me apetecía, sobre todo para disimular un poco la cara de sueño que tengo.

Echo un vistazo a mi habitación y me sorprende una vez más lo muchísimo que me encanta. Las paredes están pintadas de azul, mi color favorito. En cada pared hay colgado un póster distinto: de los Beatles, Elvis Presley y Queen. En mi escritorio

guardo un álbum de fotos, en el que conservo todas las de mi familia y unas cuantas con Finch.

—¡Eh, no me quites mi tortita! —grita Gabe desde la cocina.

—¡Quiero otro trozo! —reclama Adam, todavía adormilado.

—¡Mamá, dile a Adam que no toque mi desayuno! —insiste esta vez más alto.

No puedo evitar echarme a reír. A veces no sé qué haría sin escuchar estas peleas matutinas entre mis hermanos pequeños.

—¡Vosotros dos, ya está bien de discusiones! Se acabó, ya no hay más tortitas para ninguno. Además, tenéis que dejar unas pocas para que vuestra hermana pueda desayunar.

Mi madre interviene con su saber estar de siempre, lo cual me hace sonreír todavía más. La admiro por saber no perder la paciencia en momentos así. No escucho a mi padre, por lo que me imagino que hoy también le habrá tocado ir al trabajo muy temprano. No me quito de la cabeza el comportamiento que tuvo anoche, como si hubiese pasado algo grave.

Salgo al pasillo y me detengo un segundo cuando me doy cuenta de que no me he abrochado bien los botines. Una vez que me siento lista, bajo las escaleras sin hacer ruido.

—Buenos días, tesoro —saluda mi madre con ternura en cuanto me ve aparecer por la cocina.

—¡¡Gweny!! ¡¡Buenos días!! —saludan mis dos hermanos a la vez.

—Buenos días, coronela —me dirijo primero a Gabe y después hago lo mismo con Adam—. Buenos días, mi capitán.

Mi madre no puede evitar sonreír en cuanto se fija cómo los dos hacen un gesto con la mano saludando como si sus motes fuesen reales.

—Buenos días, mamá.

No pierdo más tiempo y me siento en la mesa. Me sirvo un vaso de zumo de naranja, echo un poco de café en una taza y cojo un par de tortitas antes de que mis hermanos me lo impidan.

—¿Vendrá Finch a recogerte en coche o iréis andando? —pregunta con curiosidad.



—Hoy iremos andando. Estará aquí como mucho en quince minutos —respondo con la boca medio llena.

—Muy bien, cariño. Llevaré a tus hermanos al colegio y después iré a trabajar. Hoy me toca una jornada intensa. Ya que sales una hora antes, ¿te importaría recogerlos a la salida? Tu padre lo más seguro es que no venga a casa hasta la noche.

Bebo un largo trago de café antes de responder y asiento.

—No te preocupes, yo me encargo. —Hago una breve pausa—. Mamá, ¿le ha ocurrido algo a papá en la comisaría? Ayer lo vi muy extraño.

—Oh. No te preocupes, cielo. Es solo que últimamente se le está acumulando demasiado trabajo y se siente un poco agobiado. Eso es todo.

Procuro creermelo lo que me dice y me termino el desayuno en silencio. No le cuento a mi madre que he vuelto a soñar con Christian, no quiero preocuparla. Y cuanto menos me coma la cabeza por eso, mejor.

Recojo la mesa una vez que mis hermanos terminan de pelearse por la última tortita y friego todos los platos. Finch no tardará en llegar, así que corro a mi habitación para coger mis cosas de clase y mi chaqueta vaquera y bajo los escalones de dos en dos. Cuando llego al salón todos se han marchado, esta vez mamá se ha dado más prisa que otras mañanas.

—¿Cómo está mi pelirroja favorita? —escucho decir a Finch mientras cierro la puerta con llave.

Sonrío al escuchar su voz tan enérgica de siempre.

—Buenos días, sargento.

Choco mi puño con el suyo en forma de saludo como hacemos todas las mañanas y me coloco bien la cartera sobre los hombros. Caminamos uno al lado del otro en dirección al instituto con paso lento, hoy vamos con tiempo de sobra. Mejor, así podremos aprovechar para hablar de nuestras cosas como tanto nos gusta hacer.

—Si te soy sincero, no me apetece nada enfrentarme hoy a las clases de Biología, voy a suspender seguro.

—Ya sabes que puedo ayudarte en lo que necesites —respondo compasiva.

—Cómo se nota que es tu asignatura favorita, doña cerebrito. La verdad es que te estaría eternamente agradecido.

Pasamos por delante de nuestra cafetería favorita y me fijo en que hoy no están Alice o Tyler. Me resulta un poco extraño porque nunca suelen renunciar a sus dosis de cafeína matutina.

—Ven este fin de semana a casa a dormir. Podemos aprovechar para estudiar juntos y después ver unas cuantas pelis por la noche.

Finch sonrío complacido ante mi invitación.

—¿Sabes qué? Creo que es el mejor plan de todos.

Sonrío con complicidad y aceleramos el paso cuando vemos la entrada del instituto.

Antes de entrar a la primera clase saludamos a nuestros amigos. Después, cojo los libros de Música y Literatura de mi taquilla y dejo que Finch, Molly y Max me acompañen hasta el aula de Francés. Soy la única del grupo que lo eligió como primer idioma, así que hasta segunda hora no coincidiremos en el aula.

—Hoy no podré quedarme mucho tiempo con vosotros en el almuerzo —dice Molly. Vendrá mi madre para hablar con la tutora de Brooke y quiere que esté presente.

Brooke es su hermana mayor, está en el último curso del instituto. Además, es la mejor amiga de Alice Geller, la chica repetidora que está en mi clase. Por lo que tengo entendido, desde que se volvieron inseparables en más de una ocasión la hermana de mi mejor amiga se ha ganado una reprimenda.

—Tranquila, sabemos que tu madre te necesita. —Le doy un beso en la mejilla para despedirme y entro en clase.

La primera hora con la profesora Colette Durand se pasa volando porque sabe explicar muy bien su asignatura, se nota que siente auténtica pasión por su tierra natal. Es una de las mujeres más guapas que he visto en toda mi vida: alta, esbelta y con una larga melena rubia digna de envidia. Hasta sus ojos, que son marrones, tienen un toque especial. Lleva tres años viviendo aquí, pero todavía le cuesta pronunciar algunas palabras con normalidad. Hoy nos hemos centrado en repasar un poco más algunos verbos y después hemos traducido un par de textos.

La siguiente clase nos toca con el señor Peter Evans, profesor de Música. Tiene un cuerpo atlético, se nota que le encanta hacer deporte. Su pelo es de un tono similar al mío y sus ojos son de color gris oscuro. Es el más joven de todos, junto con el de Literatura. Ambos son mis profesores favoritos, siempre están atentos a sus alumnos, son muy agradables y, desde luego, tienen mucha paciencia. En la clase de hoy terminamos de ver *Los chicos del coro* y después hemos debatido unos veinte minutos sobre los distintos tipos de voces en un coro y todo el trabajo que conlleva.

En la tercera hora nos toca con el señor Collins, pero hoy no encuentro por ninguna parte a Alice Geller. Me pregunto si finalmente decidió expulsarla de su asignatura.

A la hora del almuerzo Finch y yo salimos de los primeros hacia la cafetería y nos cruzamos con nuestra tutora, la señorita Monica Danvers. La reconocería desde lejos por el moño que suele llevar siempre y por sus gafas *vintage*.

—¡Buenos días, profesora! —saludamos al unísono.

Monica es una mujer encantadora, atenta con sus alumnos, y siempre camina con una sonrisa en la cara. Excepto hoy. Se notaría a mil leguas que la está fingiendo, cosa que es muy poco usual en ella.

—Buenos días, chicos —responde sin perder su amabilidad—. Disculpadme, tengo mucha prisa. Disfrutad del almuerzo.

—¿Sabe ya algo de nuestras exposiciones? —quiere saber Finch.

—Oh, sí, no os preocupéis. Mañana os explicaré cómo quiero que las hagáis.

Acto seguido se marcha corriendo por el pasillo y nos deja con la palabra en la boca.

—Qué extraño, nuestros trabajos llevan hechos desde hace una semana —digo.

—Se habrá confundido, Gweny. Monica debe tener mucha faena con tantas clases.

—Claro, puede ser —respondo con naturalidad.

Pero intuyo que algo le pasa. Conozco más que de sobra esa mirada, esa forma de hablar y la impaciencia de una persona cuando algo no marcha bien.

Procuro no darle más vueltas a lo extraña que me ha parecido la actitud de mi tutora y disfruto de los treinta minutos de descanso con mis amigos. Max se ofrece a ayudarme con el examen de Matemáticas, lo cual agradezco enormemente. Kyle y Molly tontean como siempre los primeros cinco minutos. Después, ella se termina su almuerzo y corre rauda y veloz a reunirse con su madre.

Las siguientes horas también pasan muy rápido. Coincidir en la mayoría de las clases con Tessa, Kyle, Max, Molly y Finch lo hace todo mucho más ameno. Cuando toca volver a casa me disculpo con mi mejor amigo por no poder acompañarle, ya que tengo que ir a recoger a mis hermanos pequeños. Su colegio está a apenas diez minutos andando desde aquí, pero no puedo demorarme por más tiempo.

Adam y Gabe se vuelven como locos en cuanto me ven aparecer. Firmo la autorización de su tutora como responsable que soy de llevarlos a casa y disfruto escuchando las batallitas que han tenido hoy. En casa me las arreglo para controlar que no formen ningún alboroto mientras devoro mi plato de espaguetis a la boloñesa.

Echamos unas cuantas partidas al *Super Mario 64* y después ayudo a mis hermanos a hacer sus deberes. Aprovecho para adelantar los míos hasta que llega mi madre. A las ocho me doy una pequeña ducha, me pongo el pijama y ayudo a mi madre en la cocina. Mi padre llega más o menos a la misma hora que ayer, justo para cenar. Hoy ni siquiera se esfuerza en disimular su estado de ánimo en la mesa, mis sospechas de que algo ha ocurrido son cada vez más reales. Está muy disperso en la conversación que tenemos, responde con monosílabos y apenas toca la comida. Mamá también se ha percatado, intercambiamos una mirada cómplice y finalmente es ella la que decide tomar las riendas de la conversación.

—Xander, cariño, ¿estás bien?

Mi padre parece que por fin ha vuelto en sí y mira a mi madre con dulzura.

—Un día muy duro de trabajo, querida. —Se limpia los labios con la servilleta y carraspea—. Veréis, hay algo que me gustaría contaros a ti y a Gwen. Pero antes deberíamos acostar a estos dos granujas.

Gabe y Adam se echan a reír quitándole seriedad a la preocupación de nuestro padre.

Una vez que terminamos de cenar y recogemos todo, me encargo de acostar a mis hermanos. Me aseguro de que se han dormido en sus respectivas camas y vuelvo al salón.

—¿Qué ocurre, papá? Estás muy raro desde anoche —digo mientras me siento en uno de los sillones.

Mi padre guarda silencio unos segundos, coge aire y nos mira a las dos.

—Veréis, ayer por la mañana la señora Geller vino a la comisaría para contarnos que su hija estaba siendo acosada por un hombre. Nos dijo que llevaba días notando que alguien la seguía y que le estaban llegando mensajes anónimos al móvil.

Contengo la respiración y me aferro al sillón lo más fuerte que puedo. El recuerdo de esta mañana al no haber visto a Alice en clase de Matemáticas me da muy mala espina. Sea lo que sea, me preparo para lo que mi padre tenga que decir.

—Papá, ¿Alice está bien? —pregunto ansiosa. Necesito saber la respuesta.

—Esta mañana volvió su madre a vernos. Nos contó que no pasó la noche en casa y tampoco con su padre. Ya sabes, cariño, que sus padres están divorciados.

Siento un nudo en la garganta que no me deja respirar.

—Papá, necesito saberlo —insisto, aunque ya conozco la respuesta—. ¿Está bien Alice?

Me mira directamente a los ojos y entonces puedo ver lo agotado que está.

—No tenemos forma de saberlo todavía —responde con dulzura—. Cariño, tu compañera ha desaparecido.